

ENFRENTAMIENTO Y ENTENDIMIENTO

LA sorpresa con que ahora se acoge la firma de un pacto entre Egipto y la Unión Soviética procede de la aberración temperamental con que se interpretaron indebidamente las noticias, hace unas semanas, del «golpe de Estado» —desde dentro del poder— y de la depuración de altos cargos tenidos como prosoviéticos, en coincidencia con la visita a El Cairo del secretario de Estado William Rogers. Se quiso suponer entonces que lo que era una lucha interna por el poder tenía unas características de cambio de alianzas. A partir de ese error, el noticiario que ha continuado ha debido ser inevitablemente manipulado para que coincidiese con la especulación: el viaje de Podgorny —jefe de Estado de la URSS— a El Cairo ha sido calificado de «precipitado» para «pedir cuentas», y el pacto subsiguiente como un «cambio brusco» en la política egipcia. Con un conocimiento mínimo de la diplomacia se puede saber que un viaje y un pacto de esa envergadura —una ayuda soviética por 35.000 millones de pesetas— no se improvisan. No es una repentización, sino la continuidad de una política. El episodio de la crisis interior y el pacto exterior no es muy distinto de lo que sucedía en los tiempos en que Nasser exterminaba a los comunistas y fortalecía sus relaciones con la URSS. La interpretación de que Egipto ha realizado este supuesto cambio brusco por la intransigencia de Israel también carece, evidentemente, de sentido. Israel no se ha movido de sus posiciones. Su servicio de información —que es uno de los mejores del mundo— no le ha engañado un solo momento; no ha cesado de saber que las relaciones entre El Cairo y Moscú no se han deteriorado.

POR otra parte, no parece que Egipto tenga muchas opciones. Su política es, por el momento, la única posible. Está forzado a ella por la presión «del otro lado». Cuando Podgorny, en la ceremonia final de la firma del pacto, dijo en su discurso que «para oponerse a la presión imperialista, los países del tercer mundo no tienen más remedio que apoyarse en los países socialistas» estaba enunciando esa verdad primaria. Si observamos otros lugares del mundo encontraremos situaciones similares. La preponderancia creciente de la URSS en Cuba, que se señala ahora desde muy distintos sectores (V., en este número, páginas 17-21), procede en gran parte del «no hay más remedio» enunciado por Podgorny, de la falta de otras salidas como consecuencia del bloqueo de los Estados Unidos, y no deberíamos limitarnos, para el examen de esta cuestión, a circunstancias y episodios meramente actuales, sino a lo sucedido doce años atrás, cuando Castro tomó el

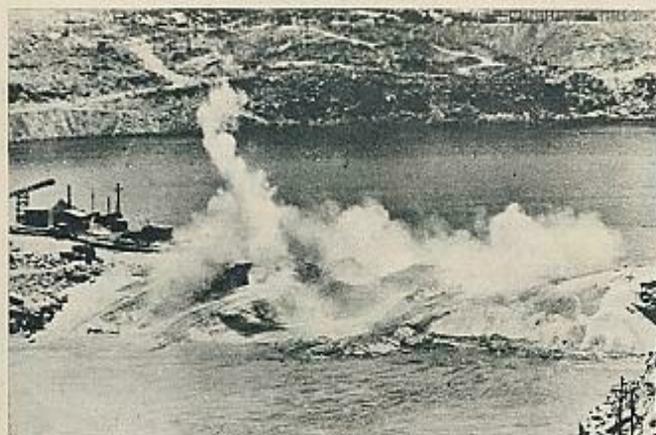
poder al huir Batista y Estados Unidos respondieron con una torpe rudeza; torpe, porque no fue lo suficientemente dura y cinica como para realizar una invasión —como la que años más tarde perpetrarían en Santo Domingo—, ni lo suficientemente hábil como para dejar las fronteras y las negociaciones abiertas y permitir una democratización de la isla. Desde entonces, la radicalización revolucionaria cubana ha ido en aumento. Mirando hacia Vietnam se tiene una misma sensación. Si los Estados Unidos hubiesen autorizado las elecciones libres previstas en los acuerdos de Ginebra hubieran tenido, quizá, un estado socialista en Indochina, con tendencia a la neutralidad. Hubo, más tarde, una segunda opción, cuando se dejó caer al tirano Ngo Din Diem para restaurar la democracia en Vietnam, pero se desaprovechó. No es difícil recordar que la caída y muerte de Diem y el asesinato de Kennedy sucedieron con unos días de diferencia en el mes de noviembre de 1963, y que el segundo acontecimiento vino a dejar sin efecto las consecuencias políticas del anterior.

KENNEDY y sus consejeros habían sabido ver, aparentemente —nadie sabe en realidad cómo hubiera podido evolucionar su política—, esta curiosa situación: que la utilización de la fuerza y la dureza para evitar la implantación de la URSS en zonas de los Estados Unidos consideraban vitales —y, en realidad, los Estados Unidos consideran zonas vitales el mundo entero— daba como consecuencia, precisamente, esa implantación. Fue un momento de lucidez en una larga historia que comienza con la muerte de Roosevelt y dura hasta nuestros días —por no referirnos a la historia anterior—; es la lucidez que mantienen aún los llamados liberales en los Estados Unidos, pero que, desde el poder, se ve de distinta forma.

CON respecto a Egipto —y, en general, a los países árabes—, la política angloamericana —puesto que se inició en tiempos de Churchill y la continuaron después los sucesivos gobiernos británicos— tuvo la misma intención y el mismo fracaso. La división del mundo árabe en reinos enemigos, a partir de la independencia, la colocación de dictadores —por el pacto de Bagdad— y, finalmente, la implantación de Israel como una espina venenosa clavada en el flanco árabe debía tener por consecuencia mantener la posición del petróleo, la del canal de Suez y las claves geoestratégicas de África y Asia, conteniendo así las revoluciones, y han dado un resultado contrario. Aún los Estados Unidos podían haber mediatizado a Egipto cuando este pidió ayuda



"La sorpresa con que se acoge ahora la firma de un pacto entre Egipto y la Unión Soviética procede de la aberración temperamental con que se interpretaron indebidamente las noticias, hace unas semanas, del "golpe de Estado" —desde dentro del poder— y de la depuración de altos cargos tenidos como prosoviéticos, en coincidencia con la visita a El Cairo del secretario de Estado William Rogers. El pacto —que implica una ayuda soviética por 35.000 millones de pesetas— no es una repentización, sino la continuidad de una política".



Los Estados Unidos podían haber mediatizado a Egipto cuando éste pidió ayuda para la construcción de la presa de Assuan. Le fue negado el dinero y los técnicos, y Nasser se volvió hacia la URSS, autora de esta obra de ingeniería que, a la larga, podrá modificar profundamente las condiciones de vida en Egipto'.

para la construcción de la presa de Assuan. Le fue negado el dinero y los técnicos, y Nasser se volvió hacia la URSS, autora de esta obra de ingeniería que, a la larga, podrá modificar profundamente las condiciones de vida en Egipto. Ahora, la implantación soviética aparece consagrada en el tratado de El Cairo, y los órganos conservadores de los Estados Unidos —y de otros lugares del mundo— comienzan a acusar a Egipto de «estado vasallo», de «satélite» y, a pesar de su rápida conversión, con Sadat o sin él, en un país socialista.

La opinión que parece prevalecer en los Estados Unidos —la del grupo de poder, representado por la Casa Blanca— es la de que, dadas las circunstancias ya existentes, el enfrentamiento de cada situación debe hacerse directamente con la URSS y no con los países afectados, que no parecen más que piezas en un tablero más importante. El juego de los Estados Unidos y la URSS es de enfrentamiento-entendimiento mediante unos movimientos de carácter más militar que político —o con un juego político inspirado por la doctrina militar—. Mientras en las negociaciones de Viena, que, interrumpidas ahora, van a continuar en Helsinki, los dos países comienzan a negociar la posibilidad de limitar los instrumentos de agresión o defensa —las dos palabras se confunden ahora y han perdido su valor original— directos —es decir, de país a país—, en el Mediterráneo las dos flotas crecen. Es una rivalidad localizada, medida. Para los Estados Unidos, en este juego de enfrentamiento-entendimiento, es una garantía práctica el hecho de que la URSS no pierda el control de las armas y los Ejércitos en Egipto: es una garantía de que no va a haber ataques precipitados ni improvisados contra Israel. Como para la URSS es una garantía el hecho de que se mantenga el Plan Rogers de paz, aunque no tenga un resultado inmediato. Es la garantía de que Israel, a su vez, estará contenido.

En otras partes del mundo se ha podido ver la tendencia mutua a apagar incendios. En Ceilán, la revolución extremista ha sido contenida por la colaboración de todos (V. en este número el artículo de René Dumont, al regresar de Ceilán, páginas 23-25), aun a costa de considerables matanzas, como matanzas ha habido —y parece que no han cesado— en el Pakistán oriental, como resultado del intento de secesión bengalí. Ha sido muy interesante observar cómo China, enormemente interesada por estos movimientos por su relativa —o inmediata— proximidad, no solamente se ha abstenido de fomentar los focos revolucionaristas, sino que se ha colocado del lado de los poderes establecidos, junto a los Estados Unidos y la URSS, como si quisiera señalar su nueva posición aperturista y su nueva diplomacia de entendimiento. En este sentido, su último éxito ha sido el reconocimiento por parte de Austria, y sus lentos avances hacia un escaño en la ONU (U Thant ha asegurado que este año no será todavía el de la admisión de China; aunque probablemente esté en lo cierto, es preciso recordar que el secretario general de la ONU se ha distinguido más por su espíritu de sacrificio, su amplitud de miras, su verdadero internacionalismo, que por sus aciertos como profeta o solamente como político). Se pueda, con todo esto, suponer que China se encamina también hacia esta dominante de enfrentamiento-entendimiento, catastrófico desde el punto de vista de los revolucionarios, de los que Fanon llamaba «los malditos de la tierra», pero favorable desde el punto de vista del sostenimiento de la paz que favorece principalmente a las naciones desarrolladas o que están a punto de serlo.

La Capilla siXtina

LOS OBREROS DE LA CULTURA

El tema de la industria cultural catalana ha merecido la predilecta atención de las minorías bien y malpensantes del país. Mi amigo Serratell, ex profesor de la Universidad Literaria de Barcelona, ex profesor de la Universidad Autónoma, ex profesor del Instituto, ex redactor de tres enciclopedias, me escribe para clarificarme un tanto la situación industrial. Por lo que parece se avecinan malos tiempos para los productores culturales catalanes: la Gran Enciclopedia Catalana ha puesto en la calle a ciento cincuenta productores; otra gran enciclopedia, en este caso hispano-francesa, ya prepara el cese de otro centenar de productores culturales para el mes de julio. Las editoriales que han quebrado o han reducido su presupuesto han provocado un buen número de parados o subempleados. Todo el profesorado interino de institutos vive bajo la espada de Damocles de los expedientes ministeriales, contra sus recientes reivindicaciones. La Universidad fabrica cada año nuevas promociones de profesionales de la cultura y las empresas culturales, privadas o públicas, practican alternativamente la selección de las especies y el exterminio de los mutantes.

Hasta ahora, los obreros de la cultura habían conocido en Cataluña una cierta tranquilidad condicionada por el «bluff» editorial y por la esperanza mesiánica de la Ley de Educación. En el terreno de la realidad este equilibrio era meramente coyuntural. Se había pasado de la holandesa o folio pagada a 50 pesetas en 1963, a la pagada a 400 ó 450 en 1970; de la traducción del francés a 14 pesetas (1963), a la traducción a 65 (1971). Una coyuntura industrial de superproducción absorbió mano de obra y tuvo que transigir con el adementamiento de los salarios. Pero... para el «happy end» era coyuntural y, por motivos económicos o políticos, la patada en el trasero a los obreros de la cultura ha llegado o está a punto de llegar, sin que para darla nadie se haya preocupado ni siquiera de cambiarse de zapatos.

En algunos casos, la patada era de esperar, porque procedía del clásico tiburón industrial que ayer fabricaba chorizos y hoy fabricaba libros. En otros casos la patada ha podido sorprender más por venir de empresas de las que se había olvidado su naturaleza condicionante de empresas, sustituida por espejismos de beneficencia político-cultural. En el terreno del profesorado de institutos, la patada era, a todas luces, ilógica, en contradicción con el aparente espíritu utópico de la política edu-

cacional. Como en las novelas con moraleja política, me escribe Serratell, al final cada cual ha recuperado su rostro: los banqueros son los banqueros, los fabricantes de libros son fabricantes, el Estado es el poder y sólo aparece algo nuevo entre tantas cosas evidentes que no lo querían parecer: ha nacido un proletariado cultural desempleado o subempleado. La Universidad promete aumentar cuantitativamente este nuevo sector social, cada año, machaconamente, hasta formar una hipercritica, lúcida, clarificada, cuasi-famélica legión de testigos de las impotencias de los empresarios y el Estado para garantizar un paraíso neocapitalista.

—El problema —se lamenta Serratell, que en el fondo es casi tan conservador como yo— es que toda esta gente tan lista, tan crítica y tan desempleada van a constituir un auténtico volcán, cuyo estallido va a ser temible.

¿Estamos ante la posibilidad de una revolución de ex profesionales de la cultura sin profesión que ejercer?

En Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania, la reconversión de un profesor de Latín Medieval en vendedor de máquinas lavaplatos o de un redactor de diccionarios especialista en física cuántica en etiquetador de ropa interior de señora tiene una larga tradición y ha creado una aceptación cultural de que unos culturalizados nacen para pertenecer a la Escuela de Francfort y otros para vender electrodomésticos. Pero en España no hay ni Escuela de Francfort, ni suficientes aparatos electrodomésticos que vender. Tampoco es la nuestra una sociedad lo suficientemente rica como para becar a todos estos desempleados culturales, a fin y efecto de que inicien la ruta de Katmandu.

Ni juntando las becas March, Barrie de la Maza o Jaume Bofill se conseguirá paliar el pavoroso cuadro futuro.

—Sólo hay algo positivo en el asunto, amigo Cámara —añadía Serratell—. Por fin vais a dejar de envidiarlos los profesionales de la cultura madrileños. Os creáis que esto era jaula, «gauche divine», etcétera.

Mal de muchos, consuelo de tontos, he pensado yo, mientras consumía la porción de rodaja de mortadela que me tocaba hoy, fingiendo no notar las florescencias verdiblanco de la humedad sobre los topos de grasa. Ha sido entonces cuando he leído la última frase del liberal Serratell, realmente aterradora:

—Hasta a mí se me están hinchando las narices.

SIXTO CAMARA